

89

Costa Rica Ilustrada.

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.
DIRECTOR Y REDACTOR, CARLOS GAGINI.

ADMINISTRADOR
Marcelino Argüello.

Precio de Suscripción.	EPOCA 2ª	Año 2º	Nº 1.	Redacción y Admón.
En Costa Rica \$ 1-25. Trimestre adelantado. En el extranjero, 1-50. " " " Nos. sueltos, \$ 0-25. Nos. atrasados, \$ 0-50	San José, 20 de Noviembre de 1891.			4ª AVENIDA, NUMERO 123 E. SE PUBLICA CADA DIEZ DIAS.



Vista de la ciudad de Guatemala.

SUMARIO.

Vista de Guatemala (grabado.) Crónicas josefinas. La Colina de los dos amantes, por Amer. Justicia, por S. D. Mirón. Novela, por J. Verne. Vista de San José (grabado.) Las musas, por R. Obligado. La novela naturalista, por A. Brison. Poesía, C. Gagini. Poesía, por E. Pacheco. En Colonia, por J. E. Arcienegues. Tragedia, por M. Flores. Canjes. Nuestro grabados. Poesías. Notas.

Crónicas josefinas.

La inundación de Cartago.—La fiesta de los muertos.—Las fiestas de los vivos.—Cosas y casos.

Harto conocidos son ya del público hasta los menores detalles de la catástrofe: en un amanecer apacible, parte de la ciudad invadida por una ola inmensa y traidora como el mar: alaridos de espanto; confusión horrible, luchas desesperadas y sombrías con el pérfido elemento; luego restos de toda clase que sobrenadan, cádaveres magullados, montones de ruinas.

Muchos años há que Cartago, la noble excapital de Costa Rica, vivía confiada, trabajando en silencio, progresando sin alharacas, sin tener nuevas agresiones de su terrible vecino el Irazú.

Con el reciente desastre se han despertado los recelos y el activo monte ha sido registrado escrupulosamente como un presidario, que no porque ha cumplido su condena deja de ser sospechoso.

¿Es inocente el volcán? Así lo aseguran quienes explican la inundación por una enorme presa formada en el cauce de un riachuelo. Sea como quiera; lo único cierto es que hay hermanos nuestros que padecen necesidades, que derraman lágrimas, y que la caridad con benéfica mano debe remediar cuanto antes las primeras y enjugar cariñosa las segundas.

¡Bien hayan los que se duelen de los males del prójimo!

¡Benditas mil veces las señoras que generosamente han organizado piadosas funciones para allegar recursos!

El domingo 8 se dió con este objeto una espléndida velada en Alajuela; en San José hubo otra el 15 del corriente. Las bolsas se abren liberalmente, las suscripciones crecen con rapidez extraordinaria: sólo algunos corazones empedernidos y egoístas se muestran insensibles á los padecimientos ajenos, formando ruín y mezquino contraste con los bellos sentimientos humanitarios que distinguen al pueblo costarricense.

Noviembre es el mes de los muertos. Sus brumas perennes, sus días lagrimosos y fríos pre disponen el espíritu á la meditación y los recuerdos. Las rientes mañanas de primavera son para el amor y la vida; las tardes melancólicas de otoño para los seres queridos que duermen en la tumba.

Los antiguos rendían culto respetuoso á los muertos; en varios pueblos el padre que moría se transformaba en dios para sus hijos.

En los cementerios europeos los visitantes se descubren reverentes como en un templo.

Nosotros hemos progresado más; nuestros jovenzuelos con el sombrero calado recorren las calles del camposanto, en interminable y regocijada algazara, convirtiendo aquel sagrado recinto en teatro de escándalo. Quédense las bromas y el galanteo para la ciudad de los vivos: en la mansión de los muertos sólo deben escucharse las plegarias y los sollozos.

Lo que no impide que Noviembre sea también á veces el mes del amor. Dígalo, si nó, el aluvión de bodas que se nos ha venido encima.

Casi no seha pasado día en la última quincena

sin que hayamos recibido una tarjeta concebida en éstos ó parecidos términos: "Fulano de tal y zutana tienen el gusto de participar á U. etc."

Cásense todos en buena hora: que si han olvidado que el buey suelto bien se lame, ellos sabían donde les aprieta el zapato..... y con su pan se lo coman.

Después de todo, si como afirman algunos el casarse es una calaverada, preciso es convenir en que es la más juiciosa de las calaveradas.

Nosotros hacemos fervientes votos porque la felicidad cubra siempre los nuevos hogares con sus alas de rosa.

El señor don Pablo Wedel y nuestro estimable amigo don Marcial Peralta han sufrido rudo golpe del destino: el primero perdió una niña el día ocho del corriente; el segundo, al regresar, del mismo entierro, encontró á su primogénito muerto de un ataque fulminante. Aunque pérdidas tan dolorosas no admiten consuelo, deseamos á los afligidos padres resignación en su desgracia y les enviamos nuestro más sentido pésame.

Si fuéramos á compendiar en nuestra mal cortada crónica todos los chismorreos de vecindad todos los *petits événements* de las dos semanas pasadas, materia había suficiente para llenar dos folios; quédense los sucesos trágicos para los melodramas, los inmorales para los sermones, las murmuraciones y reconcomios para los remitidos que inundan las columnas de los diarios; y los chistes para los que tengan sal y humor.

Muchos podríamos decir sobre la corrupción de las costumbres, sobre la decadencia del periodismo; sobre la muerte completa de nuestro incipiente movimiento literario, sobre ciertas cuestiones mal entendidas y peor discutidas; pero nosotros profesamos el principio de que al buen callar llaman Sancho y que en boca cerrada no entra mosca; somos devotos de San Cayetano y enemigos de meternos en camisas de once varas.

LA COLINA DE LOS DOS AMANTES.

(HISTÓRICO.)

"Lui mourut de fatigue, elle de sa douleur"

Ducis.

Después de las suntuosas fiestas con que obsequió á los señores de toda la comarca el conde de Amfreville, no volvió á resonar en los bosques su trompa de caza ni en los hondos valles el galope de su caballo: encerrado en su castillo de plomizas torres cuadradas pasaba las horas, caviloso y huraño, contemplando desde las mohosas almenas el panorama normando que de allí se descubría, sucesión interminable de praderas monótonas cortadas á trechos por cañadas profundas, montículos uniformes, bosques de hayas y laderas enajadas de frutales.

Nadie atinaba con la causa de su tristeza: quién la atribuía á la ausencia de su hijo Guido, que estaba en Palestina combatiendo contra los infieles; quién al desabrimiento con que se despidieron de él, antes de concluirse las fiestas, el marqués de Aubigny y el barón de la Guiche, sus amigos más leales y mozos. Sólo su hija Alicia hubiera podido decir el motivo de tan inusitada melancolía.

La víspera de los festejos, cuando ya estaba levantado el rastrillo para recibir á los nobles huéspedes, había dicho el padre á la hija:

—He inventado este pretexto para que elijas esposo entre los que aspiran á tu mano. No olvides que el marqués de Aubigny y el barón de la Guiche son mis mejores amigos. Desairarás á uno, pero no á los dos."

Y la hija había inclinado la cabeza sin protesta; pero al día siguiente, cuando presentaron la solicitud los dos rivales, oyeron estupefactos de

boca de la misma condesita que "ella había hecho voto de no casarse nunca."

Para desobedecer así la orden de su terrible padre, era menester que influyesen razones poderosas en el ánimo de Alicia; inquiriólas el conde, y ella sin trepidar, con la fiera de su raza y la osadía de un corazón enamorado, declaró que tenía un amante..... ¡un plebeyo, un oscuro pechero que correspondía á su pasión con todas las fuerzas de su alma!

En vano exigió el señor de Amfreville el nombre del ladrón de su honra: la joven se negó resueltamente á revelarlo, no obstante la amenaza de encerrarla en un convento; y el altivo aristócrata hubo de resignarse á devorar en silencio la afrenta y á ocultar en el fondo del pecho aquel borrón infamante caído sobre el escudo inmaculado de sus abuelos.

Frente por frente de la mansión feudal elevábase una colina aislada y escarpadísima, mole de granito festonada á trechos con jirones de hierba, y cuya silueta irregular se dibujaba á la hora del crepúsculo como un animal fantástico sobre el fondo abigarrado del cielo: diríase un aerolito gigantesco enclavado allí para formar contraste con los suaves collados de las cercanías. Sólo los cazadores trepaban hasta la cima por el sinuoso sendero que la ceñía en espiral.

Una tarde en que el conde, inmóvil en la plataforma del castillo se entregaba como de costumbre á sombrías cavilaciones, sus ojos se fijaron en la colina y lanzaron de súbito vivo destello, cual si una idea repentina le hubiese asaltado. Desapareció como por encanto su preocupación, y aquella noche la anciana condesa y su hija le oyeron decir, llenas de asombro:

—Dentro de dos días, Alicia, te casarás con el hombre á quien amas.

Lo que no advirtieron las dos mujeres fué el tono espantosamente irónico con que esas palabras fueron pronunciadas.

A la mañana siguiente los habitantes del condado se apiñaban en torno de dos ballesteros que iban pregonando de lugar en lugar algo inaudito, descabellado

¡Nadie se atrevía á dar crédito á sus oídos! El señor de Amfreville prometía solemnemente la mano de su hija á quienquiera que, noble ó plebeyo, en la tarde de ese mismo día llevase á cuevas á la condesita hasta la cima del cerro frontero al castillo; pero el que emprendiese la ascensión no debía detenerse en la terrible jornada, so pena de ser colgado irremisiblemente de la torre más alta de la fortaleza.

Fué una espléndida tarde de otoño. En el firmamento sin nubes resplandecía el sol como un disco de oro en el fondo de un lago azul. Aunque era la época de las cosechas los campos estaban silenciosos y desiertos; en cambio delante del castillo y al rededor de la colina hormigueaba la multitud, con esa excitación que precede á los espectáculos extraordinarios.

A las cinco oyóse el toque de un clarín y el puente levadizo bajo pausadamente con formidable rechinamiento de cadenas; todas las miradas se clavaron en la puerta por donde salía una brillante comitiva. El conde de Amfreville, armado de punta en blanco, llevaba al lado á su esposa y á su hija, que en vano trataban de ocultar el dolor que las ahogaba. Rodeados de pajes y escuderos llegaron los tres á un estrado erigido en la falda del abrupto cerro; entonces las trompetas lanzaron de nuevo sus agudas notas y la muchedumbre enmudeció. En medio de aquel silencio solemne resonó de pronto la voz del viejo conde, aquella voz que hacía estremecer á los más osados:

—¡Hay alguno que quiera escalar la colina y ponerse á prueba?

Hubo un momento de hesitación en el gentío; todos los mozos miraban alternativamente á Alicia y al enhiesto cerro, cual si comparasen el valor del premio ofrecido con las dificultades de la conquista; pero casi inmediatamente una voz juvenil y vibrante respondió:

—¡Yo!

Y del grupo más inmediato al estrado salió un joven de veinticinco años, que vestía el traje clásico de los trovadores provenzales. ¡Era él, el amante de Alicia! Así lo comprendió el señor de Amfreville al notar la emoción de la condesita. Desdeñoso, con la mano trémula sobre el puño de la espada, el conde se dirigió á él y le dijo:

—¿Vos?

—Yo, contestó el bardo sin bajar los ojos.

—¿Sois noble?

—Sí, soy poeta.

La ira brilló un momento en las pupilas del conde, pero dominándose prosiguió:

—Está bien: andad.

El joven trovador emprendió la ascensión, llevando á la espalda su preciosa carga. La condesita lagrimaba en silencio, y su llanto iba cayendo gota á gota sobre los robustos puños de su amante que oprimían sus manos delicadas. La multitud conmovida atendía sin pestañear á aquel sublime sacrificio; el conde ceñudo, terrible, miraba también; su esposa había ocultado el rostro entre las manos.

A lo largo del sendero se hallaban apostados los arqueros y ballesteros del castillo para hacer cumplir la orden terminante de su amo é impedir que la víctima se detuviese en la marcha.

Con la frente alta, el paso firme y acompasado y la respiración reposada, el trovador subía, subía sin detenerse, desapareciendo á intervalos ocultado por los recuerdos del sendero, y apareciendo á poco, siempre sereno y fuerte. Todos los corazones se aubaban en su favor. Quién era aquel joven audaz? Nadie lo sabía: seis meses atrás había llegado á la comarca, con el laúd á la espalda, cautivando á todos con el mágico poder de sus canciones. El castellano de Amfreville le recibió dos veces en sus salones, los nobles de toda la Normandía se disputaban el honor de agasajarle; pero el bardo parecía haber renunciado á la vida vagabunda, pues en el espacio de medio año no se había apartado de las inmediaciones del condado. ¿Dónde vivió durante ese tiempo? Se ignora por completo. ¿Que lazos le retenían en el país? Esto era lo que los vasallos del conde averiguaron aquella tarde, lo que todos se comunicaban en voz baja: el misterioso trovador era el amante de la condesita de Amfreville.

La ansiedad del gentío era extraordinaria. ¿Vencería el joven en la difícil prueba? ¿sucumbiría en el camino? En la cima del cerro le aguardaba la felicidad, en el camino le acechaba la muerte. Había ya recorrido la mitad, pero le faltaba aún lo más escabroso y pendiente. No daba, sin embargo, muestras de cansancio; bien es verdad que le infundían nuevo aliento aquellos sedosos rizos negros que azotaban su mejilla, aquellas lágrimas que caían sobre sus manos, aquella voz querida y dulcísima que murmuraba á su oído á cada instante: "Animo, Raul mío!"

—Llegaré, Alicia, respondía el joven lleno de ardor; mas ay! al cabo de un rato gruesas gotas de sudor le bañaban ya el rostro, las venas de su frente se hinchaban como si fueran á romperse, y jadeante respiración entreabría sus labios descoloridos. Dolorosa conmoción se extendió entonces por la muchedumbre; el joven aflojaba el paso! y le faltaba todavía la tercera parte del camino! "No llegará" decían unos consternados! "¡valor!" gritaban otros sin cuidarse de la presencia del terrible conde.

El trovador avanzaba ya dificultosamente; aunque desde abajó no podía distinguirse su rostro, comprendíase su angustiosa situación por su andar lento y vacilante.

No obstante, se acercaba al término de la jornada; un esfuerzo más, y la dicha soñada se tornaría para él en la más hermosa realidad.

El sol desaparecía ya del horizonte. El Ocaso semejava un mar de oro recostado en un lecho de coral, con islotes plomizos y grumos de púrpura. Las sombras del crepúsculo iban llenando los valles; las cumbres de las montañas y las crestas de los cerros estaban aún teñidas de luz suave y rosada.

La muchedumbre apiñada en la falda de la colina miraba á lo alto, presa de profunda expectación, pero sólo distinguía á los arqueros inmóviles, apostados de trecho en trecho. El trovador con su preciosa cruz había desaparecido en una revuelta del camino; pero aquel breve recodo era el último; y una vez pasado, se llegaba á la cima! La palidez se había difundido en todos los semblantes; pasaban los minutos y los amantes no aparecían. Nadie respiraba; muchos ojos vertían lágrimas; todos sentían ese espeluznamiento que se experimenta en las situaciones trágicas.

De improviso resonó un grito unánime, formidable, salido de mil bocas, y estalló al pie del cerro un aplauso atronador.

¡El oscuro plebeyo, el bardo vagabundo acababa de conquistar la mano de la condesita de Amfreville!

Los espectadores le vieron llegar casi arrastrando, poner el pie en la cima, soltar la carga adorada que cayó á sus pies inerte, erguirse luego triunfante en un arranque supremo, iluminado por los resplandores últimos del día, y luego desplomarse como herido de un rayo al lado de su amada en el momento en que la luz parpadeante se extinguía en la azulada cumbre de la colina.

Aquella noche dos cortejos silenciosos desfilaron en frente del castillo: el que entró en la fortaleza conducía á la condesita todavía desmayada; el que se alejó con dirección al pueblo llevaba el cadáver del joven trovador, bañado en la sangre que arrojó por la boca cuando un postrer esfuerzo ocasionó la ruptura de los vasos del pecho.

La condesita estaba gravemente enferma. Murmurábase en el condado que iba á retirarse á un convento; otros afirmaban que había perdido la razón. Un mes después las campanas doblaron fúnebremente. En el castillo resonaron gritos de dolor. ¡La condesita había volado en alas de la muerte á unirse con su amante en la región misteriosa de las almas!

Los viajeros que recorren hoy el Norte de Francia y se detienen en Amfreville-sous-les-Monts, no pueden menos de fijarse en una colina escarpada, escueta, que forma raro contraste con los verdes collados de las cercanías. En todo el país es conocida con el nombre de la Colina de los Dos Amantes, á causa de una dulce novela de amor que halló lúgubre desenlace en su cima.

AMER.

San José, 10 de Noviembre de 1891.

JUSTICIA.

Fuerza es convenir en ello:
Todo hombre es un pecador;
No hay nadie que en su interior
No esté con la soga al cuello.

Ceñudo y calenturiento
Sacudo la frente fiera,
Como si así consiguiera
Arrojar el pensamiento!
Pero, altivo en mi tormento,
Miro el tiempo que pasó.....
Que las faltas en que yo—
Frágil como hombre—incurrí
Podrán afligirme, sí;
Pero avergonzarme.....no!

Dicen que todo mortal,
Hasta el que lleva una palma,
Es, por el fallo de su alma,
Un condenado al dogal!
Mas no tienen suerte igual
La púrpura y el andrajó:
Cuando el culpable no es bajo

Es menos vil su sentencia.....
Por eso yo en mi conciencia
Reclamó el hacha y el tajo!

SALVADOR DÍAZ MIRON.

Un periodista americano en el año 2890.

(Traducido para COSTA RICA ILUSTRADA.)

Los hombres de este siglo vigésimo nono viven, sin ningún género de duda, en medio de una magia continua: están ya tan hartos de maravillas que miran con frialdad las que el progreso les ofrece á diario. Si fuesen más justos apreciarían en todo lo que vale el refinamiento de la civilización actual; y si la comparasen con la de antaño, podrían darse cuenta del camino andado. ¡Cuánto más admirables les parecerían entonces las ciudades modernas con sus calles de cien metros de anchura y sus casas de trescientos de elevación, con su temperatura invariable y su cielo surcado por millares de aero-carros y aero-ómnibus!

Al lado de estas ciudades cuya población llega á veces á diez millones de habitantes ¿qué son los lugarejos de hace mil años, los París, los Londres, Berlín y Nueva Yorks, aquellos villorrios mal ventilados y lodosos donde trajinaban carromatos saltones tirados por caballos—sí, por caballos—cosa apenas creíble? Si recordasen el defectuoso servicio de los vapores y ferrocarriles, sus frecuentes colisiones y también su lentitud ¿cuánto no apreciarían los aero-trenes y sobre todo esos tubos neumáticos tendidos al través de los océanos, y por los cuales son transportados los viajeros con una velocidad de 1500 Kilómetros por hora? En fin ¿no disfrutaríamos mejor del teléfono y del telefóto, recordando los antiguos aparatos de Morse y de Hughes, tan insuficientes para la trasmisión rápida de los despachos?

¡Cosa rara! tan sorprendentes transformaciones se fundan en principios muy conocidos, de los cuales no supieron sacar partido nuestros abuelos. En efecto, el calor, el vapor y la electricidad son tan viejos como el mundo. ¿No afirmaban ya los sabios de fines del siglo XIX que la única diferencia entre las fuerzas físicas y químicas reside en maneras especiales de vibración de las partículas etéreas?

Una vez dado el paso gigantesco de reconocer la afinidad de todas esas fuerzas, pasma verdaderamente que se haya necesitado tanto tiempo para determinar los modos de vibración que las diferencian, y que sea tan reciente el descubrimiento del medio para reproducirlas directamente. Así han pasado las cosas, sin embargo; pues fué en 2790, es decir, hace apenas cien años, cuando Osbaldo Nyer llegó á tan satisfactorio resultado.

¡Fué un verdadero bienhechor de la humanidad este gran hombre! Su descubrimiento dió origen á todos los demás y engendró una pléyade de inventores que han sido oscurecidos por nuestro James Jackson.

Á este último es á quien debemos los nuevos acumuladores que condensan, unos la fuerza contenida en los rayos solares, otros la electricidad almacenada en el seno del globo, otros las energías provenientes de cualquier parte, de las cataratas, de los vientos, de los ríos y arroyos, etc. Á él debemos igualmente el transformador, que sacando de los acumuladores la fuerza viva en forma de calor, de luz ó de electricidad, la vuelve al espacio una vez obtenido el trabajo deseado.

El progreso data realmente del día en que esos dos aparatos fueron inventados.

Innumerables son sus aplicaciones: atenuando los rigores del invierno con la restitución de los calores estivales, suministran poderoso auxilio á la agricultura; proporcionando fuerza motriz á los aparatos de navegación aérea, han ensancha-

do considerablemente el vuelo del comercio; en una palabra, á ellos se debe la electricidad producida incesantemente sin pilas ni máquinas, la luz sin combustión ni incandescencia y la inagotable fuente de trabajo que ha centuplicado la producción industrial.

* *

Ahora bien, el conjunto de todos estas maravillas vamos á encontrarlo nosotros en un palacio incomparable, el palacio del *Earth-Herald*, inaugurado recientemente en la 16,823ª avenida de Universal-City, capital actual de los Estados Unidos de las dos Américas.

¿Qué diría Gordon Benett, el fundador del *New-York Herald*, si resucitase hoy y viese el palacio de mármol y oro levantado por su descendiente Francisco Benett? Veinticinco generaciones se han sucedido y el *New-York Herald* se ha conservado en esa célebre familia de los Benett.

Doscientos años há, cuando el Gobierno de la Unión se trasladó de Washington á Universal-City, el diario siguió al Gobierno—ó quizás el Gobierno siguió al diario—y tomó el nuevo título de *Earth Herald*.

Y no se crea que el periódico ha peligrado bajo la administración de Francisco Benett; no. Su nuevo director iba, por el contrario, á comunicarle un impulso y una vitalidad sin igual, inaugurando el periodismo telefónico.

Conocido es este sistema, llevado á la práctica por la increíble difusión del teléfono. Cada mañana, en lugar de ser impreso como en los tiempos antiguos, el *Earth Herald* es "hablado".

Los suscriptores saben todo lo que puede interesarles, por medio de una rápida conversación con un *reporter*, un hombre político ó un sabio.

En cuanto á los que compran el número suelto, ya se sabe que por algunos centavos pueden enterarse del ejemplar del día en innumerables despachos ú oficinas fonográficas.

La innovación de Francisco Benett galvanizó al antiguo diario. En pocos meses la suscripción subió á ochenta cinco millones de abonados, y la fortuna del director se elevó en breve á treinta mil millones, hoy día muy aumentados.—Merced á esta riqueza ha podido Francisco Benett edificar su nuevo palacio—construcción colosal con cuatro fachadas de tres kilómetros cada una, cuyo techo está protegido por el glorioso pabellón setenta y cinco veces estrellado de la Confederación Americana.

A la hora presente Francisco Benett, el rey de los periodistas, sería el rey de las dos Américas, si los americanos pudiesen aceptar alguna vez la personalidad de un rey cualquiera. ¿Lo dudáis? Pues los plenipotenciarios de todas las naciones y aun nuestros ministros se apiñan á su puerta, mendigando sus consejos, pidiendo su aprobación é implorando el apoyo de su omnipotente diario. ¡Contad los sabios á quienes él excita, los artistas que mantiene, los inventores que subvenciona! Reinado bien fatigoso el suyo, trabajo sin descanso: de fijo que un hombre de antaño no hubiese podido resistir á semejante labor cotidiana. Dichosamente los hombres de hoy son de constitución más robusta, gracias á los progresos de la higiene y la gimnástica, que han hecho ascender de treinta y siete á cincuenta y ocho años el término medio de la vida humana, gracias también á la preparación de alimentos científicos, usados mientras se realiza el próximo descubrimiento del aire nutritivo, que permitirá alimentarse... con sólo respirar.

Y ahora, si queréis saber cómo pasa el día un director del *Earth Herald*, tomaos el trabajo de seguirle en sus múltiples ocupaciones, hoy mismo, 25 de Julio del presente año de 2890.

* *

Francisco Benett se había despertado de muy mal humor aquella mañana. Ocho días hacía que su mujer estaba en Francia, y él se encontraba, por consiguiente, algo sólo. ¡Cosa increíble! En diez años que llevaban de casados era la primera vez que la señora Edith Benett se ausentaba por tan largo tiempo: generalmente le bastaban dos ó tres días para sus frecuentes via-

jes á Europa, especialmente á París, adonde iba á comprar sus sombreros.

El primer cuidado de Francisco Benett fué, pues, hacer funcionar su fonotélefono, cuyos hilos iban á rematar en el palacio que poseía en los Campos Eliseos.

El teléfono completado por el teléfoto ¡hé aquí otra conquista de nuestra época!

Si muchos años há que es transmitida la palabra por medio de corrientes eléctricas, no ha sido sino en época recientísima cuando se ha logrado transmitir también la imagen. Invento precioso, á cuyo autor debió echar mil bendiciones aquella mañana Francisco Benett, cuando vió aparecer en el espejo telefónico la imagen de su esposa, no obstante la enorme distancia que los separaba.

¡Dulce visión! Algo cansada sin duda del baile ó del trato de la víspera, la señora Benett se hallaba todavía en el lecho, durmiendo, aunque eran ya más de las doce, hundida la encantadora cabeza en las blondas de la almohada.

De pronto se mueve... agita los labios... ¿está soñando talvez? Sí! un nombre se le escapa de los labios: "¡Francisco! querido Francisco!"

Su nombre pronunciado por aquella voz dulce influyó benéficamente en el mal humor de Francisco Benett; y no queriendo despertar á la linda durmiente, saltó fuera de la cama y entró en su *vestidora* mecánica.

Al cabo de dos minutos, sin recurrir á ningún ayuda de cámara, la máquina le depositó, ya lavado, peinado, calzado, vestido y abotonado de arriba abajo, en el umbral de sus oficinas. Iba á comenzar la visita cotidiana. Primeramente entró Francisco Benett en la sala de los novelistas de folletín, sala vastísima, coronada por ancha cúpula translúcida. En un extremo habíadiversos aparatos telefónicos, por los cuales los cien literatos del *Earth-Herald* referían cien capítulos de cien novelas distintas al público febril.

Divisando á uno de los folletinistas que tomaba cinco minutos de descanso, le dijo Francisco Benett:

—Muy bien, querido; excelente vuestro último capítulo! La escena en que la aldeana aborda con su amante algunos problemas de filosofía trascendental, es de muy fina observación. Nunca se han pintado mejor las costumbres campesinas. ¡Adelante, mi querido Archibaldo, adelante! Gracias á vos, tenemos diez mil abonados más desde ayer.

—Sr. Juan Last (continuó, volviéndose á otro de sus colaboradores) estoy menos satisfecho de vos. En vuestra novela corréis muy apresuradamente al desenlace. ¿Y los procesos documentarios? Es menester disecar, Juan Last, es menester disecar! En nuestros tiempos no se escribe con la pluma sino con el bisturí. Cada acción es en la vida real la resultante de pensamientos fugitivos y sucesivos que es preciso enumerar cuidadosamente para crear un ser vivo. Nada hay más fácil valiéndose del hipnotismo eléctrico, que desdobra al hombre y desprende su personalidad.

¡Imitad á vuestro colega á quien acabo de cumplimentar! Hacedos hipnotizar... ¿eh?... ¿qué lo hacéis, decís?... No mucho, no mucho.

Dada esta leccioncilla, prosiguió Francisco Benett su inspección y penetró en la sala de las revistas. Sus quinientos *reporters*, situados en ese momento delante de igual número de teléfonos, comunicaban á los suscriptores las noticias recibidas de todas partes durante la noche. Repetidas veces se ha descrito la admirable organización de este servicio. Además de un teléfono, cada *reporter* dispone de una serie de conmutadores que le permiten establecer comunicaciones con tal ó cual línea telefónica, de suerte que los abonados reciben no sólo la relación sino la vista de los acontecimientos. Cuando se trata de un suceso ya pasado en el momento del relato, se transmiten sus principales fases por medio de la fotografía intensiva.

Francisco Benett interpelló á uno de los diez *reporters* astronómicos, agregados á esta sección desde que los nuevos descubrimientos operados en el mundo estelar facilitaron las relaciones.

—Y bien, Cash, que habéis recibido?

—Fototelegramas de Mercurio, Venus y Marte, señor.

—¡Interesante este último!

—Sí: una revolución en el Imperio Central, en provecho de los demócratas liberales contra los republicanos conservadores.

—¡Lo mismo que por acá!—y de Júpiter!

—Nada hasta ahora. No hemos podido comprender todavía las señales de los jovianos. ¿Quién sabe si les llegarán las nuestras?

—¡Eso os incumbe, y os hago responsable de ello, señor Cash! respondió Francisco Benett; y muy disgustado pasó al departamento de la redacción científica.

Inclinados sobre sus pupitres, treinta sabios estaban allí engolfados en ecuaciones de 95º grado. Algunos jugaban con fórmulas del infinito algebraico y del espacio con veinticuatro dimensiones, como un colegial con las cuatro reglas de la aritmética.

Francisco Benett cayó entre ellos como una bomba.

—¿Que me dicen ustedes, señores? ninguna respuesta de Júpiter?... ¿Será cosa de estar siempre lo mismo? Vamos, Corley, después de estar veinte años estudiando ese planeta, me parece que.....

—¿Qué queréis, señor? respondió el interpellado: nuestra óptica deja aún mucho que desear, hasta con nuestros telescopios de tres kilómetros....

—¿Lo oís, Peer? interrumpió Francisco Benett dirigiéndose al vecino de Corley.

—¡La óptica deja que desear! Esta es vuestra especialidad ¡amigo mio! Poned lentes ¡qué diablos! poned más lentes!

Luego volviéndose á Corley prosiguió:

—Pero á falta de Júpiter tendremos por lo menos algún resultado con respecto á la luna.

—Absolutamente ninguno, señor Benett.

—¡Ah! ahora no podéis acusar á la óptica. La luna está seiscientos veces menos distante que Marte, con el cual tenemos, no obstante, un servicio regular de correspondencia. No son pues los telescopios los que faltan....

—No; son los habitantes, respondió Corley con su fina sonrisa de sabio repleto de X.

—¿Os atrevéis á afirmar que la luna está deshabitada?

—Al menos por la cara que nos presenta, señor Benett. Tal vez por el otro lado....

—Pues hay un medio muy sencillo de cerciorarse, Corley.

—¿Cual?

—Volvér la luna.

Aquel día los sabios del establecimiento Benett estudiaron con ardor los medios mecánicos para obtener el cambio de fase de nuestro satélite.

Por lo demás Francisco Benett tenía motivos para estar satisfecho.

Uno de los astrónomos del *Earth-Herald* acababa de determinar los elementos del nuevo planeta Gandini. Se halla á mil seiscientos millones, trescientos cuarenta y ocho mil doscientos ochenta y cuatro kilómetros y medio del sol, y ejecuta su revolución en doscientos setenta y dos años, ciento noventa y cuatro días, doce horas, cuarenta y tres minutos, nueve segundos y ocho décimas de segundo.

Francisco Benett estaba encantado de esta precisión.

—¡Muy bien! exclamó: procurad formalizar el servicio de noticias. Ya sabéis el entusiasmo del público por los asuntos astronómicos. Opino porque el descubrimiento se publique en el número de hoy.

Antes de abandonar la sala de los *reporters* Francisco Benett se dirigió al grupo especial de los *entrevistados* y encarándose con el encargado de los personajes célebres le preguntó:

—¿Habéis interrogado al presidente Wilcox?

—Sí, señor Benett, y en la columna de las informaciones anuncio que él padece de una dilatación de estómago y que se ha sometido conscientemente á los lavatorios túbicos.

—Bien. ¿Y el asunto del asesino Chapman? ¿Habéis conversado con los jurados que formarán el tribunal?

—Sí, y todos están acordados en que es culpado, de tal manera que la causa no se someterá

nuevamente á su decisión. El criminal será ejecutado antes de ser condenado....

—¿Ejecutado..... eléctricamente?
—Eléctricamente, señor Benett, y sin dolor.... según se supone, pues este detalle no está todavía aclarado.

La sala adyacente, vasta galería de medio kilómetro de longitud, estaba consagrada á la publicidad, y es fácil imaginar lo que sería la sección de anuncios de un diario como el *Earth-Herald*. ¡Producía cerca de tres millones de pesos cada día! Gracias á un ingenioso sistema, una parte de los avisos se publican en una forma enteramente nueva, debido á un privilegio de invención comprado en tres duros á un pobre diablo que se ha muerto de hambre. Consiste en inmensos anuncios, reflejados por las nubes, y cuyas dimensiones son tales que pueden leerse en toda una comarca. En esta galería mil re-

flectores se ocupaban incesantemente en enviar á las nubes, que los reproducían coloreados, anuncios de desmesurado tamaño. Pero cuando aquel día entró en la sala Francisco Benett, vió á los maquinistas cruzados de brazos de lante de sus proyectores inactivos. Se informó de la causa, y por toda respuesta le mostraron el cielo de un azul purísimo.

—¡Sí! buen tiempo! la publicidad aérea es imposible! ¿Qué hacemos? Si se tratase únicamente de producir lluvia, nada más fácil; pero no son lluvias sino nubes las que nos faltan.

—¡Y hermosas nubes bien blancas! respondió el maquinista en jefe.

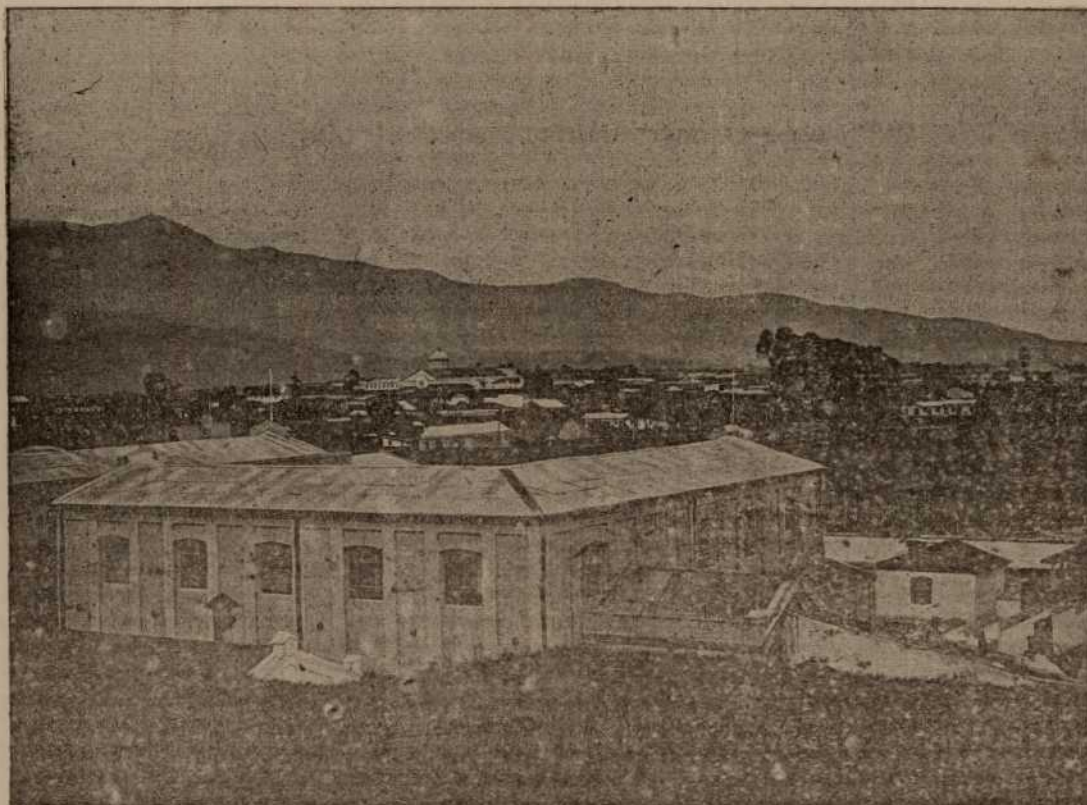
—Pues bien, señor Samuel Mark, diríjios á la redacción científica, servicio meteorológico. Decidle de mi parte que trabaje activamente en la cuestión de nubes artificiales. ¡No podemos

verdaderamente estar así, á merced del buen tiempo!

(Continuará)

Las Musas.

Vivaz, armoniosas,
risueña y sonrosada,
el trágico coturno
crugiéndole en las plantas,
volcando el traje en opulentos pliegues
la Musa excelsa de los griegos pasa.



Vista de la ciudad de San José

(DE FOTOGRAFIA DE LOS SEÑORES RUDD & PAYNTER.)

Morena, y tan hebrea
la carne como el alma,
musa de los cantares
noctívaga inflamada,
la dulce Sulamita, olor de rosas
por los viñedos de Engadí derrama.

Batiendo entre las nieblas
del Rhin la veste blanca,
tendidas al castillo
las silenciosas alas
desciende, envuelta en claridad de luna,
la pensativa inspiración germánica.

Cruzando aquí llanuras,
trepando allá montañas
joven, hermosa, llena
de ensueños y esperanzas:

—“A ideal, nos grita, á las alturas!”
la adolescente Musa americana.

RAFAEL OBLIGADO.

La novela naturalista

Y

la novela romántica.

POR ADOLPHE BRISON.



VIVIMOS en una época de inquietud y de transición. No hablo aquí sino de la literatura:—los jóvenes que escriben—y son

cada día más numerosos—buscan su camino tanteando, se orientan, interrogan el horizonte, se internan en la refriega, y cada cuala-gita su bandera lanzando gritos feroces.

Jamás se abrieron tantas escuelas, sub-escuelas, iglesias y capillas: jamás se leyeron tantos manifiestos, jamás se asistió á disputas más vivas. Ayer era el Simbolismo, que declaraba guerra al Parnaso: y durante un mes, en un diario de París, hemos asistido á una lucha homérica. Los poetas simbolistas dispararon á los parnasianos flechas envenenadas: éstos alzaron los hombros con desprecio. Luego entró la discordia en el campo de los asaltantes. Los simbolistas se han devorado entre sí. Jean Moreas ha traspasado el costado de Charles Morice, René Ghil ha

bebido la sangre de Viellé-Griffin. Un galante *reporter* les ha pretado su concurso: ha ido á interrogarlos á domicilio: y ellos han vertido en su oído atento la amargura de sus celos y la hiel de sus rencores.

Hoy, la batalla se libra sobre el terreno de la novela. Marcel Prevost, en un resonante artículo, ha declarado la muerte del naturalismo y desplegado el pabellón de la novela de imaginación. Otro *reporter* se puesto en campaña, ha golpeado á las puertas de nuestros novelista para tomarles su opinión sobre este problema. Larcel Prevost ha sido alabado por unos, condenado por otros, ridiculizado por éstos, injuriado por aquellos.

Ha habido un nuevo concierto de graznidos en este tumultuoso pantano donde se agitan los miles de ranas de nuestra literatura.

¿Qué resultará de estos tempestuosos debates? Me sería difícil decirlo. Temo que queden estériles. Manifiestan al menos un estado de inquietud que es interesante analizar.

Desde hace veinte años—diez años sobre todo—el *realismo* que inútilmente se ha desbautizado para llamarse *naturalismo*, ha triunfado sin réplica. Zola—de quien sus discípulos han tenido la ingratitud de renegar—ha engendrado multitud de imitadores que han exagerado su manera. Es entonces cuando hemos visto nacer por centenares estos libros crueles, estos estudios pesimistas en los que, so pretexto de mostrarnos documentos verdaderos, se nos enseñan, con terrible lujo de detalles, nuestras peores miserias fisiológicas.

El público tuvo por estas producciones un gusto particular. Estaba saturado de idealismo, de elegancia y de insulsez. Después de las extravagancias de la escuela romántica, había probado las fábulas ingeniosas de George Sand, las ficciones romanescas de Octave Feuillet; experimentaba la necesidad de saborear más vigoroso licor.

Zola llegó muy á tiempo para satisfacer este inconsciente deseo. *La Assommoir* fue una revelación. La juventud creyó ver lucir el sol de la verdad. Enhorabuena!

Le había acabado con la observación al agua de rosas, con la eterna historia del joven pobre, cuyo desenlace era el casamiento con la rica heredera. Abajo Feuillet! Muera Cherbuliez! Viva Zola! Este al menos era un poderoso *hardi lapin* según la expresión de Coapean. El *naturalismo* estaba lanzado.

Durante diez años no hizo sino desarrollarse y embellecer. Había escritas en las capas profundas del público protestas tímidas.

Así, cuando después de *Nana* apareció el *Abate Constantino*, de Ludovic Halevy, este libro casto tuvo un éxito asombroso. Pero la corriente naturalista era muy poderosa para detenerse de un solo golpe. No dejó de aumentar. La literatura brutal saltó del libro al diario—se fundó el *Gil Blas*, luego el *Eco de París*, y en estos dos periódicos, ya bajo una forma jovial, ya bajo una forma desapaible, se ostentó la aspereza de pinturas sensuales y groseras. Nació en fin el Teatro Libre, y el naturalismo registró la única forma que no había encarnado aún; la forma escénica. Anduvo una boga extraordinaria.

Todo París acudió á estas representaciones, saboreó estas piezas pesimistas donde las preocupaciones sociales eran insolentemente escarnecidas, donde las costumbres del público eran insultadas, donde se pisoteaban los conveniencias clásicas con el más alegre desenfado.

Nada más frágil que el entusiasmo de las multitudes. Hece tres años que se fundó el Teatro Libre, y ya se siente que declina.

Es que en efecto nuestra curiosidad se ha cansado. Los procedimientos que nos seducían por su novedad, comienzan á fatigarnos por su continua repetición. Se oye en en los pasillos esta frase terrible que constituye un síntoma significativo: "Siempre la misma cosa." Cuando el público dice esto de un género literario que ha querido, es prueba de que este género toca á su término, y que el gusto general va pronto á cambiar.

Y, en efecto, ahí estamos. Llegamos á la crisis. El *naturalismo* ha muerto, ó va á morir. La multitud después de haberlo devorado pide otra cosa. Todos los escritores tienen conciencia de este estado de malestar, todos se aprestan para recibir, si es posible, la herencia del difunto. Y eso explica su fiebre, su emoción nerviosa, el movimiento increíble que tienen.

Marcel Prevost es entre los jóvenes novelistas, uno de los más hábiles. Es un escritor de talento, en primer lugar, y además es un antiguo discípulo de la Escuela Politécnica. Se ha hecho sin duda el razonamiento siguiente:

—Todo exceso engendra un exceso contrario. Luego el público, después de haber adorado el naturalismo, va á lanzarse perdidamente en el idealismo: después de haber saboreado los volúmenes pesimistas y negros, va á apasionarse por los relatos optimistas y las ficciones consoladoras. Ofrecámosle obras á su gusto.

No se puede ser más perspicaz. Prevost ha lanzado su manifiesto en favor de la novela romántica en el momento más propicio, á la hora en que el edificio del naturalismo tiembla sobre su base y cruge por todas partes. Y como él tiene mucha imaginación y calidades seductoras, recogerá ciertamente el beneficio de la evolución literaria que se cumple.

Hasta ahora he permanecido en el dominio de los hechos. He resumido lo que pasa. Si me viera obligado á escoger personalmente y á decidirme entre las escuelas enemigas, me vería muy perplejo. . . .

En principio, no me gustan las clasificaciones literarias. A mis ojos, las obras no se dividen en optimistas y pesimistas, realistas é idealistas, sino en obras fuertes y obras débiles, en obras bellas y obras mediocres. Siento mi espíritu bastante amplio para apreciar las obras más opuestas, con tal de que sean notables.

¿Que se diría de un aficionado á la pintura que, bajo pretexto de que odia el estilo familiar, rechazara en conjunto las telas de Teniers y de Van Ostede y no diera su estimación á los cuadros del Corregio y de Rafael? Se le tacharía de absurdo ó al menos de intolerante. El verdadero aficionado, el diletante ilustrado, es el que aprecia todos los géneros de belleza, el que pica como la abeja sobre las flores más diversas y toma de cada una de ellas el perfume; el que ama á Rafael por su dulzura, á Greuze por su poesía familiar, á Teniers por su precisión espiritual, á Velásquez por su marcial arrogancia.

Pues bien, me parece que debe suceder lo mismo en literatura, y que uno no puede, sin disminuir sus goces, encerrarse en un círculo estrecho. Me gustan infinitamente las novelas campestres de George Sand porque su forma es linda—aunque el fondo sea muy ficticio—y admiro profundamente algunas páginas de la *Tierra de Zola*, que están impregnadas de una salvaje grandeza. Encuentro un placer igual, aunque de esencia diferente, en leer las *mentiras* de Bourget y el *Jack de Al-*

fonso Daudet, y nada me es más dulce, después de haberme sumergido en los *Poemas bárbaros* de Lecomte de Lisle, que saborear algunas estrofas banvilianas. . . . Ahora, que á valor igual dé la preferencia á las obras crueles sobre las obras consoladoras, ó á los estudios psicológicos sobre las novelas de imaginación, es cuestión de ocasión y de circunstancia. Puedo estar en circunstancias tales que un relato de Dumas padre me parezca delicioso, mientras que un libro de Stendhal me impaciente, ó al contrario, me sucedería encontrar el libro de Dumas padre perfectamente pueril, y apasionarme por la obra de Stendhal. . . . Tantas horas en la vida: otras tantas impresiones diferentes; tantos temperamentos: otros tantos gustos. . . . La única línea de demarcación que existe, que debe ser absoluta, lo repito, es el talento. Así, cualquiera cosa que suceda y cualquiera que sea mi humor momentáneo jamás opondré *Portadora de pan á Mentiras*, ó el *Gran margal* al *Abate Tigrane*.

Era, pues, superfluo ir á consultar á nuestros escritores sobre la próxima transformación de la novela. Cada uno de ellos ha contestado según su carácter, según sus preocupaciones personales. Los unos se han mostrado dogmáticos y afirmativos: no son los más sabios. Los otros, más prudentes, no han querido pronunciarse antes de haber visto nacer las obras nuevas.

silbarlas, según que sean buenas ó malas, abstracción hecha de su tendencia. Esta actitud me parece excelente. Imitémosla. Aguardemos con confianza los libros que nos anuncia Marcel Prevost.

Esperemos que la novela saldrá de la crisis que atraviesa, regenerada, purificada, ó al menos rejuvenecida, y si verdaderamente el nuevo movimiento triunfa, si el naturalismo—como lo afirma Prevost—está vencido, no seamos ingratos con él, y no olvidemos que en medio de sus errores nos ha dado algunas obras maestras. . . .

Versos recitados por el joven

LUIS HINE

en la velada del 15 del
corriente.

Amanece. Dulce calma
reina en el dormido suelo:
ni una sombra mancha el cielo,
ni un presagio turba el alma.

En Oriente los fulgores
de una espléndida mañana:
en la campiña lozana
vida, luz, aves y flores.

Llamando está el nuevo día
á la puerta de la choza:
al campesino alborozado
de sus hijos la alegría,

mientras con tierno embeleso
sella la madre dichosa
aquellas bocas de rosa
que están pidiéndola un beso.

¡Oh misterio de la suerte!
¡oh felicidad mentida!
¡Por qué en torno de la vida
acecha siempre la muerte!

¡Aquella plácida aurora
alumbró siniestra ruina!
¡De la choza campesina
ni escombros quedan ahora!

Vagan hoy sin protección
los pobres niños inciertos,
llorando á los padres muertos
en la horrible inundación.

Pero en su triste orfandad
no les faltará consuelo:
arriba.....¡les queda el Cielo!
abajo.....¡la Caridad!

C. GAGINI.

COMPOSICION

LEÍDA POR SU AUTOR EN LA VELADA
LÍRICO-LITERARIA DEL 15 DEL
CORRIENTE.

También, también ansío
unir mi voz modesta
á los sonoros versos
y canciones divinas
de tantas hermosuras peregrinas,
gala y orgullo de esta hermosa fiesta.

Permitid que mi canto en este templo
del Arte, donde ahora
á tantas musas por doquier contemplo,
resuene—aunque profano, —
henchido sí de caridad sublime,
que hay un pueblo que llora
de no sé qué fatal hado inhumano
la furia asoladora;
hay un pueblo que gime
y ese pueblo que sufre es nuestro hermano.

Vosotros que sentís dentro del pecho
latir un corazón, mirad ahora
ese cuadro patético y sombrío
que hoy ofrece Cartago,
entregada á la cólera y despecho
de horrible tempestad devastadora.

Doquiera muerte, confusión y estrago:
acá el humilde hogar, el caro techo,
que en medio del turbión rueda deshecho;
la dulce niña que llorando implora;
allá el noble mancebo ágil y fuerte
que con la negra oleada
desesperado lucha,
y la madre sublime y desolada,
que nada vé, nada teme, nada escucha
por salvar á sus hijos de la muerte.

El rico y aun el pobre, todos, todos
debemos amparar, tender la mano
al huérfano infeliz, al triste anciano
y á tanta viuda y niños desvalidos.

También debemos reclamar su duelo,
que es para el desgraciado gran consuelo
ver su dolor y llanto compartidos.

La Religión del Cristo no se funda
en el rezo inconsciente
ni en la ostensible ceremonia vana
que en el templo de Dios muestra el creyente.
Ni es con rosarios, misas y oraciones
con que la santa caridad practican
los buenos y abnegados corazones.

La verdadera religión cristiana,
sencilla, tierna, liberal, sublime,
que hace gozar al alma aquí en la tierra
las dichas y venturas celestiales,
sabéis cual es? Pues es la noble junta
que piadosa levanta
asilos y hospitales;
es la abnegada Hermana
de Caridad, que cariñosa vela
y reanima y consueta
al que en el lecho moribundo gime;
es el maestro de escuela
que enseña, moraliza
y hace del niño un digno ciudadano;
sois vosotras ¡oh nobles y virtuosas
damas! vosotras sois, niñas donosas,
que aquí venís á recoger piadosas
una limosna, un óbolo, una ofrenda
para aliviar al desgraciado hermano
á quien la suerte sin piedad quebranta.

Esta es, esta es tan solo
la hermosa religión sublime y santa.

Seamos generosos, imitemos
el proceder hidalgo
del noble pueblo ibero,
víctima también hoy de inmenso y fiero
turbión que lo ha sumido
en cruel y hondo quebranto;
mas ah! la caridad allí doquiera
á tanto desgraciado enjuga el llanto.

¡Angel de Caridad, dulce y sublime,
cuando tus niveas alas
despliegas, y tu vuelo
al desgraciado tiendes cariñoso,
una aura divina cruza el espacio
y de ineffable gozo
se conmueve la tierra, sonríe el cielo!

San José, 15 de Noviembre de 1891.

EMILIO PACHECO.

EN COLONIA.

En la vieja Colonia, en el oscuro
rincón de una taberna,
tres estudiantes de Alemania un día
bebíamos cerveza.
Cerca, el Rhin murmuraba entre la bruma
evocando leyendas,
y sobre el muerto campo y en las almas
flotaba la tristeza.
Hablamos del amor, y Frank, el triste,
el soñador poeta,
de versos enfermizos cual las hadas
de sus vagos poemas,
“Yo brindo, dijo, por la amada mía,
“la que vive en las nieblas,
“en los viejos castillos y en las sombras
“de las mudas iglesias;
“por mi pálida musa de ojos castos
“y rubia cabellera
“que, cuando entro de noche en mi buhardilla,
“en la frente me besa.”
Y Karl, el de las rimas aceradas,
el de la lira enérgica,
cantor del sol, de los azules cielos
y de las hondas selvas;
el poeta del pueblo, el que ha narrado
sus campestres faenas;
el de los versos que en las almas vibran
cual músicas guerreras;
“yo brindo, dijo, por la Musa mía,
“la hermosa lorenesa
“de ojos ardientes, de encendidos labios
“y riza cabellera;
“por la mujer de besos ardorosos
“que espera ya mi vuelta
“en los verdes viñedos, donde arrastra
“sus aguas el Mosela.”
“Brinda tú,” me dijeron. Yo callaba
de codos en la mesa,
y ocultando una lágrima, alcé el vaso,
y dije con voz trémula:
“Brindo por el amor que nunca acaba!”
Y apuré la cerveza;
Y entre risas y gritos exclamamos:
“Por la pasión eterna!”
Y seguimos risueños, charladores
En nuestra alegre fiesta....
Y allí mi corazón se me moría,
Se moría de frío y de tristeza.

ISMAEL ENRIQUE ARCIENEGAS.

TRAGEDIA.

ESTER tiene cinco años solamente,
Y la amo yo con tal idolatría,
Que al ver como la beso en su alba frente
Nadie puede dudar que es hija mía.

Ayer vino llorando como loca,
Con el rostro escondido en el pañuelo,
Y entre suspiros me besó en la boca
Y me mostró su manecita el cielo.

Yo la dije—Qué tienes, ángel mío?
Y ella, sin responder á mi pregunta,
Con las mejillas llenas de rocío.
Me contestó: Rosita es ya difunta!

Comprendí su dolor, Talvez Rosita
Sería alguna amiga de la escuela,
Y exclamé:—Desgraciada señorita!
Y es cierto lo que dices, picaruela!

—Si señora, me dijo con voz tierna
El ángel que lloraba en mi regazo,
Se rompió la frente y una pierna....
Y solo por mi culpa fué el porrazo!

Me estremecí; pero la niña al punto
Me interrumpió diciéndome:—Y Rosita
No tornará á vivir!—Ningún difunto,
Hija de mi alma, nunca resucita.

Al admirar su candor me quedé lela
Y—Nó—le contesté ya enternecida,
—Más á mí me dijeron en la escuela
Que los muertos están en otra vida

—Te han dicho la verdad. Más ¡ay! á ésta
No han de volver jamás. Con todo, es cierto
Que rezando, la dije por respuesta,
Se alivia mucho al desgraciado muerto,

Entonces ella conteniendo el llanto,
Se arrodilló á los pies de una Madona
Y en tan grata postura rezó tanto
Como una pecadora ya en persona.

Al verla silenciosa y aliviada,
Dando tregur á la angustia que sentía
Le pregunté:—¡La niña desgraciada
De qué familia es, donde vivía?

Ay! yo no sé, me contestó llorosa.
Más mi papá lo sabe de seguro.
Y agregé, cual pensando en otra cosa:
¡Mañana iba á casarse con Arturo!

Tu amiga ya de novia! con voz seca
Te burlas?—dije yo—y ella se anima
Y exclama:—¡Si Rosita es mi muñeca!
Si Arturo es el muñeco de mi prima!

Entonces á mi labio la sonrisa,
Como arco iris de paz, tornó al momento,
Y esta oración que recité de prisa
Vino á acabar del todo mi tormento;

¡Oh Virgen! tú que el llanto en gozo truecás
Haz que esta niña á quien adoro tanto,
No cambie por amigas sus muñecas,
Y tan sólo por éstas vierta llanto!

MERCEDES A. DE FLORES.

(Colombiana.)

NUEVOS CANJES.

Honduras.	La voz de Trujillo.
	El Independiente.
	El Club Liberal.
S. Salvador.	El Estudio.
Colombia.	La Voz.
	El Observador.
Guatemala.	El Defensor.
Nueva York	La Revista Ilustrada.
Paris	Europa y América.
	L' Exportation Francaise.
Madrid.	Unión Ibero-Americana.
	El Mundo de los Niños.
Bilbao.	Las Novedades Fotográficas.
Uruguay	Boletín de Enseñanza Primaria
Cuba.	La Habana Elegante.

Brasil.	Il Brasile.
Londres.	La Gaceta Española
Lima.	Fin del Siglo.

Nuestros Grabados.

Vista de Guatemala.



A capital de la República de Guatemala está situada en un ameno valle, en medio de una meseta bastante elevada sobre el nivel del mar: tiene calles bien cuidadas y espaciosas, casas de bonita apariencia y hermosos edificios públicos, entre los cuales figuran en primer lugar la Catedral, la Universidad, el Teatro, el Hospital y el Mercado. Posee mucho establecimiento de enseñanza segunda y profesional. Su población es de 60.000 habitantes. Es, pues, Guatemala la primera ciudad de Centro-América; y si en las naciones hispanas hay otras más considerables, á ninguna tieque envidiar nada en cuanto á cultura, belleza y adelanto.

LA CIUDAD DE SAN JOSE.

La ciudad de *San José*, capital de la provincia de su nombre y de la República de Costa Rica, tiene 25.000 habitantes y está situada en el centro del país, entre los ríos Torres y María Aguilar en la altiplanicie central, á 1145 metros sobre el nivel del mar.

San José es la segunda ciudad de Centro América por su belleza y la tercera en población.

Sus calles, aunque angostas, permanecen siempre aseadas y están construídas según el sistema Mac-Adam.

Contiene seis plazas y plazuelas, siendo las más notables la de la Estación con una fuente y la Plaza Principal. Esta se encuentra rodeada de una verja de hierro y se ha formado en ella un bonito jardín que lleva el nombre de Parque Central. También hay una fuente de buen gusto.

Al N. E. de la ciudad se ha formado un hermoso parque llamado de Morazán, á ambos lados de la tercera avenida central, hacia el extremo oriental de ésta. Es un precioso lugar de recreo, rodeado de casas con pequeños jardines al frente, donde los habitantes de San José pueden respirar el aire puro de los campos.

Entre los edificios públicos sobresalen la Catedral, los Palacios Nacional, de la Gobernación y de Justicia; la Iglesia del Carmen, la Fábrica Nacional de Licores, el Colegio Superior de Señoritas, el Mercado, la Aduana Central, el Palacio Episcopal, y algunos otros de elegante construcción.

Para recreo de los Josefinos existe, además de los parques Central y de Morazán ya dichos, el paseo de la Sabana, hermoso llano cubierto de césped y líneas de árboles frutales, el cual está unido á la ciudad por una excelente rambla.

Hay una Biblioteca Universitaria (llamada actualmente Nacional) y varias de sociedades y establecimientos públicos ó privados.

Como el malísimo teatro que había fué destruído por el terremoto de Diciembre de 1888, se está construyendo uno que será digno de una capital culta que progresa siempre, como San José.

Debemos hacer especial mención del Manicmio construído con los productos de una lotería nacional. En el concepto de personas entendidas es un edificio que podría figurar con ventaja en ciudades populosas de países ilustrados, así por su extensión como por arquitectura, y demás condiciones.

La ciudad se surte de agua por una cañería que trae las aguas del río Tiribí. También existe hace algunos años el alumbrado eléctrico.

Para la educación de la juventud hay una escuela de Derecho, dos colegios de segunda enseñanza para hombres y mujeres, llamados Liceo de Costa Rica y Colegio Superior de Señoritas, un Seminario Conciliar, varias escuelas primarias, públicas y privadas y un Colegio privado de mujeres dirigidos por las Monjas de Sión.

De la "Geografía de Costa Rica" por

F. MONTEIRO BARRANTES.

MEDIA LUZ.

(TRADUCCION LIBRE.)

Nadie pudo mirar esa sonrisa
Dulcemente en sus labios dibujada
Como suspiro que amorosa brisa
De un lago imprime en la extensión callada.

Nadie puede advertir en su ojo amante
La rápida expresión de regocijo
Al verme allí tan cerca palpitante,
Aunque nada con voz mi amor le dijo.

Ni ver tampoco pudo de su paso
La ebriedad deliciosa de un seguudo
Bajo la falda de discreto raso
En que se oculta la beldad al mundo.

Nadie vió alzarse de pasión su seno
Como el botón que empuja savia activa,
Ni vió en su rostro de dulzura lleno
De rosicler coloración furtiva.

Ni del sudor las gotas que en su frente
La emoción brotar hizo cual rocío,
Para secarse como en sol ardiente
Al resplandor del pensamiento mío.

Solo tú y yo, y el Dios que nos inspira
La verdad comprendimos de ese instante
—Mudo canto de amor en doble lira
Del crepúsculo al rayo vacilante.

Media verdad—que la verdad entera
Se trocara en mentira en un momento,
Porque es lo cierto en el placer quimera
Inasible á reacción de sufrimiento.....

—Y, con la noche, en lechos apartados
Juntos en el recuerdo nos dormimos,
Y al despertar en forma separados
La fusión interior aun más sentimos.

¡Ah! cuando el alma vive en el misterio
Vive de eternidad y de infinito.
Y de la realidad el bajo imperio
Tiene siempre tristeza de delito.

HEINE.

A la señorita M. del R. G.

(Para C. Rica Ilustrada).

Esa bella camelia,
Niña del alma,
Con que adornas tu talle
De esbelta palma,
Sufrir amargura
Por la envidia que tiene
De tu hermosura.

Ella ufana brillaba
Entre las flores,
De Favonio escuchando
Tiernos amores,
Cuando, al mirarla,
Dispusiste del tallo
Débil cortarla.

De todo aquel donaire
Que fué su gloria

Le quedará tan solo
Triste memoria;
Que acá en el mundo
Sigue al placer efímero
Dolor profundo.

Mas eso no te apene,
Niña querida,
Que tú de nuevo puedes
Darle la vida,
Con los destellos
Purísimos que vierten
Tus ojos bellos.

J. M. A.

NOTAS.

Con el número anterior terminó la primera serie de nuestra publicación, que en su carácter de decenal comprende treinta y seis números por año.

Al comenzar hoy la segunda serie anunciamos á nuestros abonados algunas reformas importantes.

En primer lugar disponemos ya de buen número de finos grabados que iremos publicando sin interrupción; aunque la carencia de medios tipográficos adecuados impide que las copias salgan con la nitidez que debieran.

En segundo lugar, contamos con buenos colaboradores que generosamente nos han ofrecido sus valiosas producciones.

En tercer lugar recibimos periódicamente correspondencias de Europa, que pondrán á nuestros lectores al tanto del movimiento intelectual de las naciones ilustradas.

Por último, á fin de que los suscritores no pierdan nada con los retrasos que experimentan á veces nuestra Revista, hemos dispuesto que las suscripciones se extiendan por series: así el que se abona á un trimestre recibirá indefectiblemente nueve números, aunque en la publicación de estos se invierta más de ese tiempo; por la suscripción á un semestre se recibirán dieciocho números; por un año, treinta y seis etc.

El caso extraño del Dr. Jekyll se titula una *novelita de Stevenson, publicada recientemente por la casa de Appleton (New York.)*

Es realmente una novela extraña é interesante: desde el primer capítulo se entrevé algo misterioso que despierta en el alto grado la curiosidad del lector, curiosidad que se aumenta al conocer la originalísima clave del enredo. La traducción es bastante correcta y la impresión esmerada. ¡Ojalá que la reputada casa de Appleton emprendiese la tarea de popularizar en América, no sólo las mejores obras inglesas sino también las de otras literaturas menos conocidas en nuestro país, como la alemana, la rusa etc.

Hemos recibido el n.º 1.º de la *Revista de Costa Rica*, publicación mensual dirigida por don Justo A. Facio. El material es selecto y la impresión elegante.

Deseamos al colega largos años de vida.

AVISO.

Deseando ensanchar la suscripción á nuestro periódico para atender á los gastos que ocasionan los grabados, enviamos el presente número á algunas personas, á quienes consideraremos suscritas si no lo devolvieren á esta administración en el término de ocho días.

Tipografía Nacional.